Jan-Werner Müller, *¿Qué es el populismo?*, 2017, México, Grano de Sal, 162 pp.

RECEPCIÓN: 09 de abril de 2018.

APROBACIÓN: 09 de mayo de 2018.

Ya bien entrado el siglo XXI y luego de la tercera ola democrática que recorrió el mundo en la década de 1990, parece mentira, parece ironía de la historia que la democracia se vuelva a ver amenazada, ahora no por una usurpación, un golpe de Estado o una asonada militar, sino por el populismo, un fenómeno que aparentemente, solo aparentemente, podría considerarse un exabrupto de la mayoría, un exceso democrático.

No obstante, en las elecciones generales italianas de marzo de 2018 el populismo mostró todo su músculo con la victoria del Movimiento 5 Estrellas y el notable avance de la Liga Norte. Del mismo modo, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas de mayo de 2017, el Frente Nacional de Marine Le Pen obtuvo el 21.3% de los votos, quedándose a poco menos de dos puntos del 24% que obtuvo En Marche de Emmanuel Macron, lo cual hizo que toda Francia, y el mundo, sintieran entrecortada la respiración dos semanas, hasta la segunda vuelta, en la que Macron se alzó con una victoria tranquilizadora. Sin embargo, apenas seis meses antes, el Partido Republicano ganó la presidencia de Estados Unidos representado por Donald Trump, el famoso millonario estadounidense tan polémico, que desde entonces se ha convertido en el paladín del populismo más intransigente en todo el mundo.

Estos son tan solo tres ejemplos de la vigencia y el vigor del populismo en la actualidad. Claro, son ejemplos paradigmáticos porque se trata de sociedades vertebrales de la cultura occidental, sociedades que han producido o fortalecido los valores sustanciales de la vida pública de este hemisferio, como libertad, tolerancia, pluralidad, democracia.

En su breve volumen, *¿Qué es el populismo?*, Müller trata de responder directa y sucintamente a la pregunta por este concepto. Y lo hace no solo en

términos teóricos, sino que vincula sus reflexiones a un abundante elenco de ejemplos y referencias directas del mundo contemporáneo, de manera que teoría y realidad se articulan para dar una mejor perspectiva de este régimen político. Müller es un conocido especialista del tema, al cual ya se había acercado en *A dangerous mind: Carl Schmitt in post-war european thought* (2007), *Contesting democracy* (2011) y sobre todo en el *Oxford handbook of populism* (2017), en el que tuvo a su cargo la elaboración del capítulo “Populism and constitutionalism”, un esfuerzo académico y editorial que conjuntó a los pensadores e investigadores más relevantes sobre la materia y que seguramente será un punto de referencia obligado.

Volviendo al texto en cuestión, podremos percatarnos de sus aportes si tomamos como punto de partida el final, las conclusiones, y a partir de ahí, hacer un repaso del contenido del texto.

En la primera de las siete conclusiones del libro Müller plantea que el populismo es un mal, una enfermedad de la democracia, pero solo de la democracia representativa, no de la democracia antigua, directa, que tenía otros problemas, pero no este. Los problemas suscitados por el déficit de representación de las democracias contemporáneas propician la aparición de líderes, movimientos o partidos que explotan la desconexión entre las élites gobernantes y el pueblo gobernado, para presentarse como un remedio, como una solución inmediata y absoluta no solo de este distanciamiento, sino de los problemas económicos y sociales que afectan a la población.

En segundo lugar, dos de las características más importantes del populismo son que es antielitista y antipluralista. Aun cuando Müller no lo menciona en esta parte del texto, podría agregarse que también es antinstitucional, como lo había señalado en pasajes precedentes. Debido a su antielitismo, el populismo logra un gran efecto propagandístico entre la población al atacar furiosamente privilegios, corrupción e impunidad de las élites políticas. Ciertamente, muchas veces el populista es parte de las élites, o bien se incorpora rápidamente; sin embargo, mientras tanto, gana una gran cantidad de adeptos en todos los estratos de la población, no solo entre los más deprimidos, sino también entre los que tienen algún motivo de inconformidad o divergencia con el sistema político. El antipluralismo del populismo obedece a su pretensión o necesidad de ocupar la totalidad del Estado, de concentrar el máximo de autoridad política, de no dejar ningún resquicio a otra organización política que pretenda competir en su afán de representar al pueblo. Ya Montesquieu y Tocqueville advertían sobre la importancia de preservar los poderes inter-

medios y las asociaciones políticas y civiles como defensas frente a la tiranía, la cual muchas veces se ejercía en nombre del pueblo, y el antipluralismo del populismo es un ejemplo de estas tentativas. El antinstitucionalismo del populismo es igualmente preocupante. Se guía tanto por su rechazo a la clase política y a su régimen político como por su visión moralista, simplista y voluntarista de la vida pública. El populista ofrece resolver todos los problemas socio-económicos de la sociedad y asegura que puede resolverlos rápida y sencillamente, y a bajo costo. Sin embargo, para este fin comienza por minar las instituciones políticas vigentes, suprimiendo incluso algunas, sin importar su relevancia o función para la vida pública en su conjunto, lo cual puede ser preámbulo para una alteración mayor o completa del régimen político.

En tercer lugar, los populistas no están comprometidos con un genuino proceso de formación de la voluntad popular; más bien, parten del supuesto de que ellos son los únicos y auténticos intérpretes de esa voluntad, por lo que cualquier otro actor político que pretenda darle voz no es más que un impostor y traidor. El populismo no cree necesario ni conveniente ningún proceso político de acuerdo y compromiso: solo hay una voluntad popular y ellos son sus portadores. Müller expresa esta característica de un modo casi eufemístico, porque en realidad los populistas no conciben la negociación política sino como un fraude, un complot y un engaño para el pueblo. Se basan en una teoría de la conspiración que les permite denunciar y desacreditar a cualquier personaje político para afirmar su presencia exclusiva en la vida pública.

La cuarta y quinta conclusiones de Müller son muy similares, pues tratan de la apropiación absoluta y congénita de la voluntad popular por parte de los populistas. A pesar de que los populistas llegan a convocar referendos y otros mecanismos de consulta popular, lo hacen con toda la intención y los mecanismos necesarios para manipular sus resultados. Así como Tocqueville veía que la mayoría se atribuía un irresistible imperio moral sobre la sociedad, del mismo modo los populistas reclaman y presumen una superioridad moral indiscutible basada en el simple hecho de pretender conocer *a priori* e inequívocamente la voluntad popular.

La sexta conclusión de Müller es que el populismo es una seria amenaza para la democracia y no solo para el liberalismo, o sea que es un peligro para la democracia liberal. Müller cita y analiza la conocida tesis de Fareed Zaccaria sobre la emergencia de las democracias iliberales, de las que el populismo es una versión. Con todo, se podría ser mucho más enfático que Müller y decir

que el populismo no es un modelo alternativo de democracia, sino que de realizarse plenamente, significa el fin de la democracia, el germen de un gobierno autoritario.

La séptima conclusión es que el populismo puede tener el efecto útil de mostrar a los defensores de la democracia liberal que hay graves problemas de representación política en la sociedad, que hay sectores sociales que no se sienten representados en el sistema político democrático, y que se les debe prestar atención urgente. Aquí Müller vuelve a plantear un tanto eufemísticamente este aspecto del populismo, ya que ni los teóricos ni los actores políticos de la democracia representativa ignoran que hay un problema de representación política; más aún, tal vez sea un problema irresoluble, pues como decía Gaetano Mosca, siempre ha habido y siempre habrá gobernantes y gobernados, lo que produce una brecha política. Es cierto que el déficit democrático y la brecha de la representación política deben suscitar un esfuerzo de remedio permanente, sistemático e *institucional* del sistema político, pero jamás su exaltación contribuirá a su superación.

Müller declara que este volumen es apenas una breve introducción a los múltiples y serios problemas que plantea el populismo, un texto que deja esbozados o intocados problemas como las diferencias ideológicas entre los diferentes populismos, su vinculación con los movimientos de supremacía racial, su agravamiento con el aumento de los flujos migratorios, su relación con la políticas públicas de bienestar y otros. No obstante, este tema es tan relevante que seguramente en los próximos años atraerá la atención de los especialistas y del público general.

ROBERTO GARCÍA JURADO
Universidad Autónoma Metropolitana,
UAM-Xochimilco